

ACERCA DEL VI ENCUENTRO COMARCAL DE LOS ALCORES Y EL CAMINO QUE NOS UNE

TIEMPO, CAMINO Y CERCANÍA

Buenas tardes; autoridades locales de nuestros ayuntamientos, representantes de las diferentes asociaciones que respaldan esta iniciativa, asistentes interesados en este acto, bienvenidas y bienvenidos todos.

Tiempo

El tiempo que se necesita para admirar un paisaje, el que necesitaron nuestros pintores románticos para representar los tonos de la vega, el perfil de nuestras fortalezas e iglesias, los detalles costumbristas de los oficios de la ribera. La pintura al aire libre, *au-plein-air*, de la que se mostró maestra la escuela alcalaína de paisajes, tratando de captar la belleza y la emoción en un instante que había estirar antes de que la atmósfera cambiase, significaba interiorizar el sentido más valioso de nuestra geografía y de sus singulares parajes.

El ritmo con el que las aspas del rodezno, dentro de los molinos, eran movidas por la corriente de agua para accionar el movimiento del árbol, y así, con el triquitraque, hacer caer el grano de trigo desde la tolva al interior de las muelas, tenía que ver con una producción calculada de la harina en que debía transformarse el trigo.

Lo mismo que las manos podían amasar esa harina mezclando con la técnica depurada de los viejos panaderos, esperando que el horno dedicase el tiempo necesario para que el fuego de la mejor leña pudiese cocer panes de tantas variedades y destinos. Cuánta historia y sabiduría en las recetas de nuestros platos, panes, dulces y licores. También desde las huertas podían abastecerse de frescas verduras y hortalizas, según la obligada pero sensata estacionalidad tradicional, aquellas plazas de abastos, que nutrían de lo necesario a nuestras poblaciones, funcionaban según ciclos adaptados perfectamente a nuestras posibilidades y necesidades.

El tiempo y el ánimo dedicado a la experiencia, ya sea en el trabajo o en los momentos de disfrute, para la creación o para el descanso, para el estudio o en la comunicación con otras personas, es esencial para que aflore lo es más característicamente humano, lo que nos hace seres sociales y lo que nos hace también personas arraigadas culturalmente al territorio. Sin embargo, la velocidad, muy unida a la competencia y a los requerimientos productivos de un mercado globalizado, conduce rápidamente al estrés, a lo virtual y superficial, y a una



relación desnaturalizada con el entorno, una relación que no reconoce lo más auténtico de él sino únicamente aquello que puede convertirse fácilmente en objeto de consumo.

Camino

Históricamente, Los Alcores, han conformado un espacio de estrecha relación entre sus poblaciones y entre estas y la capital sevillana. El camino que nos une a Carmona, Mairena, El Viso y Alcalá, se ha conformado por una gran variedad de itinerarios y actividades que nos han unido físicamente, pero también en un sentido ambiental, social y cultural. Una estrecha comunicación que se ha producido además bajo unos ritmos mucho más lentos o pausados, pero también por ello más intensos.

El tren de los Panaderos, desde Sevilla hasta Alcalá y Carmona, funcionaba al compás de un traqueteo que sirvió para transportar entre otros productos, cal y pan, mucho pan: nuestros pueblos han sido padres de Sevilla, le dieron protección desde sus castillos, y el alimento fundamental para la vida, el agua y el pan. Pero también, este antiguo tren sobre el que escribió Antonio Gavira y ha publicado recientemente su hermano Paco, también transportó



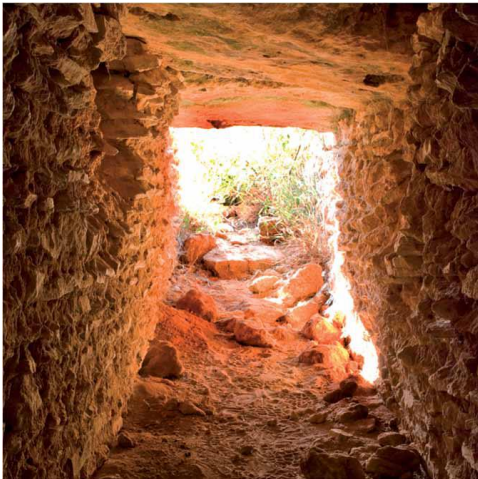
viajeros inquietos, pintores y otros artistas, y comerciantes, y estilos arquitectónicos, y saberes antiguos y nuevos, y jóvenes estudiantes, y parejas enamoradas. El antiguo tren ha sido uno de esos caminos, el camino de hierro, que fortaleció el sentido unitario de Los Alcores. Aunque también es verdad que hoy, una cercana SE-40 o un circuito de Fórmula 1, son infraestructuras que parecen llevarnos más lejos, cuando en el fondo nos acercan menos.

El agua que la lluvia derrama en Carmona pueden tomar superficialmente la ruta del Corbones o correr hacia los pequeños arroyos afluentes del Salado, y converger a partir de este con el Guadaíra. Pero también las aguas, con el ritmo lento y el curso a veces impredecible que infiere el laberinto de veneros y galerías subterráneas, puede terminar alimentando un acuífero que, según la disposición de nuestros estratos geológicos, tienden desplazarse hacia los alcores inferiores, si no hacia las terrazas del Guadalquivir. Si hace siglos se redirigía artificialmente esta agua, se utilizaban para ellos las azudas, convirtiéndola en una fuerza motriz de los molinos, para luego retomar fácilmente su cauce, se redistribuía mediante acequias y atarjeas, se podía hacer levitar en las norias o dormir temporalmente en aljibes o albercas. No puede ser que tantos pozos actualmente abusen de ella para riego en captaciones ilegales y nos dejen sin este recurso básico de nuestros ecosistemas y paisajes. Especialmente en un marco de cambio climático afianzado.

Las alturas dominantes, la proximidad a recursos alimenticios muy diversos y la disponibilidad de materiales de construcción, permitió que el asentamiento humano fuese permanente en este territorio desde hace 5.000 años. Si hay un patrimonio que nos enseñe el valor histórico de Los Alcores puede ser, sin duda, el arqueológico. Desde sus galerías

dolménicas a los túmulos y de estos a las villas romanas. Cuidado hoy con los proyectos mineros que reclaman más y más canteras, no puede ser que nuestra roca calcarenita no tenga más consideración que el producto comercializable que se puede extraer de ella, cuando es matriz de suelo y vegetación, refugio del agua y balcón de nuestros paisajes de la vega.

Y, permítanme decirlo, no puede ser que una visita a la necrópolis dolménica del Gandul no pueda realizarse porque sus terrenos formen parte de una zona perteneciente al Ministerio de Defensa, no puede ser que hoy nuestro patrimonio –el que nos ha enseñado tanto de historia- forme parte de un suelo en que se sigue fabricando y ensayando para la guerra.



Y de sus túmulos y villas romanas hasta los castillos y sus torres. Este espacio adelantado de la antigua frontera cristiano-nazarí, sirvió de defensa para las propias poblaciones y para la capital hispalense. Desde el alcázar de la Puerta de Sevilla al castillo de Luna y de este a Marchenilla y Alcalá. La comunicación de todo un sistema defensivo frente al invasor. Hoy estos castillos podrían ser baluartes defensivos de un maravilloso Parque Cultural con el que se gestionase su Zona Patrimonial.

El aire que en nuestra comarca se desplaza mayormente de suroeste a noreste, puede ayudar a que todas esas aves que migran por esta área del valle del Guadalquivir, puedan encontrar refugio, descanso y alimento entre nuestros árboles, que puedan volar desde Oromana a los pinares de la Cerámica, desde el Parque de La Muela y la Tablada hasta la Dehesa El Judío y desde allí hasta el Parque del Almendral. Qué pena que una alfombra verde no cubra la falda del Alcor y facilite así un corredor continuo apoyado en nuestra cornisa. Se trata este de un camino que todavía queda por sembrar. Mientras tanto nuestro aire es amenazado por el aprobado proyecto de coincineración de la Cementera o por el de un tanatorio-crematorio ubicado, también por las habituales prisas del interés privado, en el suroeste de la población de Mairena.

Cercanía

Y con esto, quiero volver a las palabras del inicio de esta intervención y retomar así la reflexión que con ellas trataba de hacer.

El bosque no debe dejar de ser el escenario de leyendas o de cuentos para convertirse simplemente en madera o papel, un cerro no puede dejar de ser el vientre que contiene el agua de nuestras fuentes para reducirse exclusivamente al mineral que se puede obtener del mismo, las sinuosas calles de un centro histórico pueden ser el simple escenario de un parque temático donde cientos de turistas completan la carpeta de fotos de sus móviles, cuando sus habitantes, con sus historias y sentimientos, tienen que abandonarlo por el encarecimiento de viviendas y alquileres.

En este contexto general, dominado por una globalización capitalista estrechamente unida a la velocidad, el individualismo, la competencia y el consumo irreflexivo, en el que cada vez más nos desvinculamos del entorno inmediato, tanto natural como social, las características de Los Alcores, como comarca, como espacio singular a nivel histórico-cultural, medioambiental y paisajístico, nos plantea un reto y una gran oportunidad. Estamos cerca y nos sentimos cercanos, y formamos parte de un territorio singular forjado a partir de los tiempos lentos de un ferrocarril, de los ritmos pautados de molinos y tahonas, del fluir tranquilo del agua, del tempo del cante flamenco y de la paciencia del pincel de grandes pintores. Es como una enseñanza para vivir de otra forma, otorgando verdadero valor a lo que realmente lo tiene.

Cuando, en la ruta entre los castillos, realicemos los trayectos entre las cuatro localidades de nuestra comarca, no pensemos tanto en llegar pronto, sino en disfrutar del camino y del encuentro que nos ofrece.

Muchas gracias,

Francisco José Torres Gutiérrez, *Asociación Ecologista Alwadi.ira.*

Alcalá de Guadaíra, 8 de febrero de 2024